

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO - CICLO B

Job 7, 1-4. 6-7

Job habló diciendo:
«¿No es acaso milicia la vida del hombre sobre la tierra,
y sus días como los de un jornalero?;
como el esclavo, suspira por la sombra;
como el jornalero, aguarda su salario.
Mi herencia han sido meses baldíos,
me han asignado noches de fatiga:
Al acostarme pienso: ¿Cuándo me levantaré?
Se me hace eterna la noche
y me hartó de dar vueltas hasta el alba.
Corren mis días más que la lanzadera,
se van consumiendo faltos de esperanza.
Recuerda que mi vida es un soplo,
que mis ojos no verán más la dicha».



Ornamentos verdes

Sal 146, 1bc-2. 3-4. 5-6

Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados. (o bien: Aleluya)

Alabad al Señor, que la música es buena;
nuestro Dios merece una alabanza armoniosa.
El Señor reconstruye Jerusalén,
reúne a los deportados de Israel

Él sana los corazones destrozados,
venda sus heridas.
Cuenta el número de las estrellas,
a cada una la llama por su nombre.

Nuestro Señor es grande y poderoso,
su sabiduría no tiene medida.
El Señor sostiene a los humildes,
humilla hasta el polvo a los malvados.

1 Cor 9, 16-19.22-23

Hermanos:
El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si
no anuncio el Evangelio!
Si yo lo hiciera por mi propio gusto, eso mismo sería mi paga,
Pero, si lo hago a pesar mío, es que me han encargado este oficio.
Entonces, ¿cuál es la paga? Precisamente dar a conocer el Evangelio, anunciándolo de balde; sin usar
el derecho que me da la predicación del Evangelio
Porque, siendo libre como soy, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más posibles. Me he
hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles; me he hecho todo para todos, para ganar, sea
como sea, a algunos.
Y todo lo hago por causa del Evangelio, para participar yo también de sus bienes.

- Aleluya, aleluya, aleluya
- Cristo tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades

Mc 1,29-39

En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a la casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, e inmediatamente le hablaron de ella. Él se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles.

Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar.

Se levantó de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron en su busca y, al encontrarlo, le dijeron:

«Todo el mundo te busca».

El les responde:

«Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido».

Así recorrió toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios.

Comentario breve:

- ✚ La situación de Job es de gran desesperanza, la situación de alguien que no espera nada de la vida. No pensemos en situaciones extremas. Leer este texto sin prejuicios nos recuerda el estado de ánimo de muchos ancianos, especialmente enfermos.
- ✚ El salmo responde ante estas situaciones: “Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados”.
- ✚ La predicación del Evangelio es una vocación. Cuando esta vocación –aún siendo auténtica- se convierte en profesión, la predicación deja de ser un acto libre. La transmisión del Evangelio se convierte en un acto contractual en virtud del salario recibido. Y, cuando la fe flaquea, la persona tiene la opción de hablar de sus neuras o de hablar de segunda mano y sin ninguna convicción. Sin opción a reencontrarse consigo mismo, con Cristo y con su vocación.
- ✚ Jesús rezando a solas de madrugada y Jesús socorriendo a cuantos acudían a él pidiendo su ayuda. A nosotros la oración muchas veces nos aliena de la vida y de los problemas de los demás, porque en el fondo nos estamos buscando a nosotros mismos. La propia búsqueda de la santidad no es muchas veces sino esto mismo. La oración, como el amor, no se puede quedar en la intimidad del corazón, sino que es motor de la acción. Al mismo tiempo, si nuestra acción no nace de nuestra unión con Dios, será obra nuestra y tendrá toda la ambivalencia que tienen las obras humanas.